

Aceites malos, mentes rancias, negocios sucios

JOSÉ S. CARRIÓN
CATEDRÁTICO DE EVOLUCIÓN VEGETAL
DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



La preocupación por las grasas no es un fenómeno reciente. Recuerdo los tiempos en que la propaganda se vestía de blanco para desaconsejar el consumo del aceite de oliva. Luego la primicia resultó ser su facultad para desvincularnos de los peligros que acechaban en el umbral de nuestros cuerpos, incluyendo las almorranas (por recordar a Lovecraft y homenajear a un amigo proctólogo). Recuerdo igualmente el momento en que el colesterol se puso de moda como villano global y el día glorioso en que las estatinas irrumpieron vestidas de Capitán América.

Claro que el noticiario se mueve tan deprisa como el carruaje de Nosferatu y hoy, mientras se destapa el fiasco sobre las estatinas, toca darle betún al aceite de palma. Aparte de las implicaciones éticas, debe quedar claro que los productos elaborados con este aceite no deberían estar en nuestra despensa. Su perfil de ácidos grasos saturados no es saludable y durante su procesamiento aparecen compuestos potencialmente carcinogénicos. Detrás de todo, controlando el negocio, hay empresas mafiosas, algunas españolas, como ha denunciado Greenpeace en varios informes.

Pero en la campaña publicitaria contra el aceite de palma no sé qué hay de cortina de humo, pues no es el único producto malsano que nos venden para comer. Si algo me fascina de la novela de Shelley (Frankenstein) no es el monstruo, sino el hecho de que el doctor termine por aborrecer a su criatura después de haberle dado aliento a través de un experimento ilegal. Irónicamente, Shelley podría haber sentado las bases del ejercicio moderno de la inmoralidad política, fenómeno adaptativo en el que los protagonistas siempre terminan por olvidarlo todo. Así que, ahora con el negocio amenazado, la industria abomina de su engendro palmítico, mientras maniobra para camuflar otras quimeras mayores, superproducciones que aunque resulten masticables, son alienígenas para los destacamentos inmunológicos de nuestra barrera intestinal. Nada personal, dirán: 'business, as usual'.

Por su poder curativo, les recomiendo un ayuno de actualidad. Pregúntense por qué, tras miles de años de acuerdo metabólico con un conjunto limitado de sustancias, de repente necesitamos toda esa parafernalia empaquetada. Los mercaderes hacen acto de contrición con el aceite de palma, pero nos ocultan el pecado mortal cometido al sumar a nuestra ingesta miles de productos procesados sospechosos o culpables de promover diabetes, accidentes cerebrovasculares, enfermedades degenerativas y autoinmunes o incluso cáncer. La lista de originalidades a deglutir incluye colorantes, conservantes, acidulantes, espesantes, antioxidantes, estabilizado-

res, emulsionantes, antiaglomerantes, potenciadores, revestimientos, edulcorantes y disolventes. Material para una enciclopedia ilustrada sobre la estupidez humana. Pues si usted tiene un coche diseñado para funcionar con gasolina súper, seguro que no le llenará el depósito con diésel.

No creo que tanto asesoramiento dietético nos haya hecho más sanos y me temo que hay un exceso de ideología detrás, con una intrusión innecesaria de los negocios privados en la vida de las personas. No necesitamos aditivos estrafalarios ni complicados mecanismos de 'reparación' de sabores para corregir lo que la industria destruye. Lo que necesitamos es que nuestra comida sea nutritiva y que nuestro dinero sirva a quien produce los alimentos buenos y no a quienes los deconstruyen para revenderlos modificados, con marketing engañoso y precios encarecidos.

El ciudadano tiene derecho a saber que en una sociedad capitalista nadie se va a preocupar por su existencia más allá de tratar de saber a través de Google o Facebook cuánta pasta pueden ganar cada vez que toca el teclado. La industria alimentaria se enriquece cebando nuestra ignorancia, adulterando nuestras emociones para vendernos productos procesados, conservados y envasados. El negocio no está en vender comida real, sino calorías con bajo poder nutricional, estimulando nuestros sistemas de recompensa cerebral para hacernos adictos a las fórmulas de la brujería tecnolimentaria.

Pero todas las malas artes contienen riesgos ocultos y no deberíamos sentirnos perplejos ante los acontecimientos que jalonan nuestro deterioro físico, incluyendo enfermedades sobre las que no queremos saber por qué se hacen frecuentes, crónicas o mortales.

El peligro está en el menú de noticias y sobre todo en sus interrupciones. Estamos enganchados a una versión de nosotros mismos infantilizada con éxito desde los Estados Unidos de América; un pegamento conductual que no parece soluble. Que se lo pregunten si no a los que se han accidentado persiguiendo monstruos ilusorios (Pokemon Go).

No estamos pues preparados para la desconexión (Morfeo 'dixit'). Igual el Gran Hermano de 1984 se ha recapitalizado con la energía placentaria de los humanoides de Matrix, violando su codificación biológica desde la habitación 101 hasta la era de la computación. O puede que la realidad sea todavía más espantosa: puede que nuestra distopía se parezca más a la de una mosca encerrada en una campana de cristal, moviéndose con libertad... solo en apariencia.

Y luego toda esa retórica sobre la libertad de los mercados, que no es más que una cortina de humo que oculta nuestra esclavitud.